

Nidia Vincent

## “Rememorando a Emilio Carballido en cuatro actos”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 72, abril-junio de 2025, pp. 45-47.

ISSN: 01855727  
Xalapa, Veracruz, México



*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

## Primer acto

Fue en 1976 cuando tuve, sin yo saberlo, mi primer encuentro con Emilio Carballido (nacido en Orizaba según consta en su acta). Fue la afición de mi madre por el teatro lo que nos llevó aquella tarde al sur de la Ciudad de México, para ver el montaje de *Un pequeño día de ira*. La acción de la obra se desarrollaba en un poblado costero del Golfo de México; su diario acontecer se ve trastocado por la injusta muerte de un chico, al que irreflexivamente una mujer pudiente le dispara y mata por robar mangos de su huerta. Las autoridades inescrupulosas dejan en libertad a la responsable. La gente se indigna; se levanta y va a casa de la culpable y la lleva por la fuerza a la cárcel para que se haga justicia. Tras ese empoderamiento momentáneo del pueblo todo vuelve a la normalidad. Hasta aquí la trama.

Los hechos en que está basada la obra son reales. Fue escrita en 1961 y premiada por Casa de las Américas al año siguiente. Se hizo un montaje para la Televisión de La Habana en el 66, y ese mismo año tuvo una temporada en la ciudad de Pittsburgh. Probablemente algunos vieron en ella su fuerza provocadora, y esta tuvo que esperar otros 10 años para que se estrenara en el país, en la V temporada de Teatro Popular presentada por Artistas Asociados Cooperativa.

De aquella notable puesta en escena, a la que yo asistí en el Teatro Independencia, me quedaron imágenes inolvidables: la ambientación, la atinada caracterización de los personajes, el reconocer en cada cuadro mi propio país y la presencia inesperada de un narrador –protagonizado por Felio Eliel– que observaba, describía y opinaba sobre todo lo acontecido, a la vez que se entrecruzaba con los otros personajes y participaba ac-

# Rememorando a Emilio Carballido en cuatro actos

Nidia Vincent

tivamente en la acción. Ese Personaje/Narrador, esa voz brechtiana de la conciencia, sabía e hizo saber al público asistente que, a pesar de la calma aparente, algo había cambiado para ese pueblo. En su último parlamento –momentos antes de caer el telón– exclamó:

Las parejas se hacen, o se rehacen. El hilo frágil, resplandeciente y enmarañado de las pequeñas vidas individuales sigue desenredándose. Pero hubo un día de ira. Solo un pequeño día de ira. ¡Podría haber uno grande!

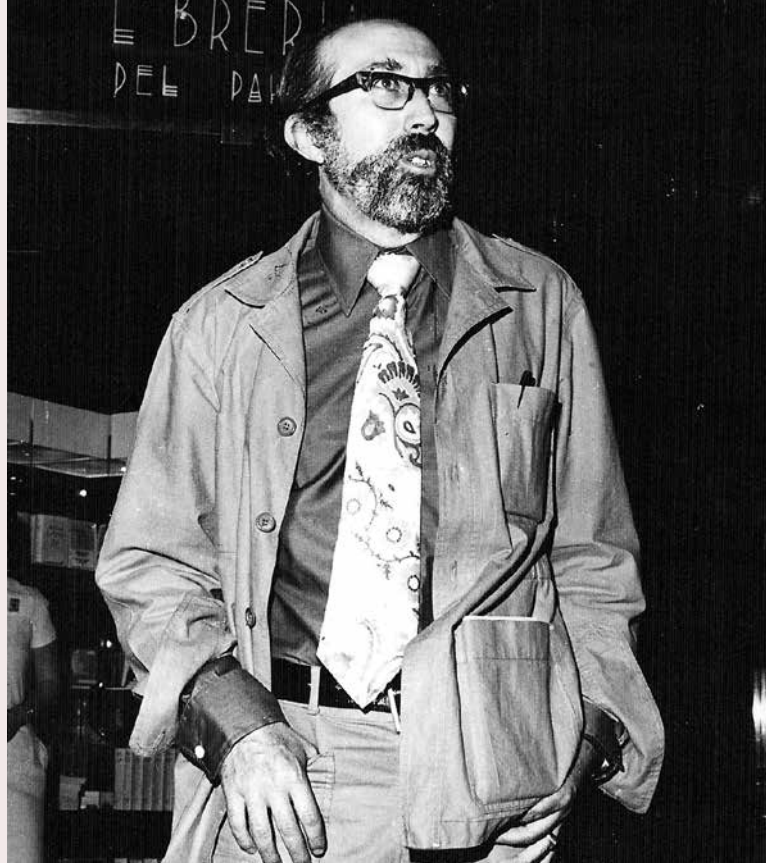
Años después supe que esa obra que tanto me había sorprendido y cuya frase final iba adquiriendo lentamente sentido cabal en mi conciencia: “Sí, ¡podría haber uno grande!”, era de un talentoso escritor veracruzano llamado Emilio Carballido, del maestro Carballido, quien con tan solo 25 años había triunfado en el Palacio de Bellas Artes con *Rosalba y los Llaveros*, bajo la dirección de Salvador Novo, que en más de una ocasión se había acercado a la realidad mexicana con su mirada aguda y su pluma punzante, para hablar de la corrupción, la diferencia de clases, el poder, el abuso sexual, la marginalidad o la falsa moral, como es el caso

de sus dramas *¡Silencio pollos pe-lones, ya les van a echar su maíz!*, *Acapulco los lunes*, *Tiempo de ladrones* o *Yo también hablo de la rosa*, por citar solo algunas.

## Segundo acto

Un día fui inesperadamente invitada a coordinar un taller de teatro en la Universidad Iberoamericana. Se montaron tres obras en un acto del clásico e imprescindible volumen de Carballido titulado *D.F., 26 obras en un acto: El censo, Paso de madrugada y Cuento de navidad*.

Todos los involucrados éramos entusiastas novatos. Ensayamos con compromiso. Estrenamos con más temor que emoción y... fue exitoso. Las obras fluyeron, el público siguió con interés la anécdota, comprendió a los personajes y se rio festivamente de las situaciones y los diálogos. ¿Cómo había sido posible esto? Ciertamente habíamos trabajado con ahínco, pero la inexperiencia era el ingrediente dominante, ¿entonces? El buen resultado se debió –solo después lo vi con claridad– a la indiscutible calidad de los textos. A pesar de su brevedad cada una de esas obras era efectiva, dibujaba con claridad ambientes y personajes, mantenía la tensión, las acciones y parlamentos eran coherentes, y llevaba de la mano al



Emilio Carballido. Fotografía: Archivo Héctor Herrera

espectador a las emociones contenidas potencialmente en las palabras. Con cada argumento, además de reír, el público reconocía vicios, defectos y problemas de su entorno.

El teatro de Carballido proviene de una tradición dramática sólida; bajo el principio de que el sostén de todo drama es la trama, urdimbre de acciones que “se encuentran, no se inventan”. Halló en la *Poética* de Aristóteles, en la *Dramaturgia de Hamburgo* de Lessing y en *Drama y poesía* de T. S. Eliot, las bases para su composición y, en el teatro épico de Brecht, recursos para un teatro político y comprometido.

El maestro Carballido conoció el arte de Aracné, y en los grandes cuadernos de contabilidad en los que solía escribir diseñaba tejidos deleitosos y complejos; sutiles y atrayentes. Redes tan elaboradas como las relaciones humanas; tan sugerentes como el siempre insondable misterio del proceder de los hombres. Sus dramas son meca-

nismos de relojería dramática en los que la realidad es el punto de partida y la obra escrita, el primer puerto de llegada.

## Tercer acto

Mi siguiente encuentro con él fue asistiendo a uno de sus legendarios talleres, en los que tantos dramaturgos y dramaturgas mexicanas se formaron. Elaboraba yo entonces una investigación sobre su teatro. No llegué a escribir ninguna obra, apenas si esboqué una anécdota desdibujada y unos personajes simplones, pero encontré lo que buscaba: escuchar al escritor de viva voz, conocer su didáctica y particularmente saber más de su *Ars Poética*.

La experiencia resultó invaluable. Me hallé ante un artista sensible que se entusiasmaba con los amarillos de Kandinsky, que había leído todo Zola; al hombre sencillo, amante de los gatos, que disfrutaba de la buena comida, la naturaleza, una tarde cálida

y que practicaba el buen humor; también hallé a un maestro generoso, culto, experimentado, perspicaz, que reconocía de inmediato dónde estaba la semilla de un buen argumento, la fuerza de un personaje, la vitalidad de un diálogo, un futuro dramaturgo.

Nos recomendó que saliéramos a oír conversaciones ajenas y que las anotáramos velozmente, poniendo nuestra atención no en lo que se dice sino en cómo se dice, puesto que el teatro es lenguaje, pero ante todo es diálogo y este proviene del habla viva que nos rodea, que nos pertenece y nos identifica.

En la entrevista “El mejor premio por escribir es el gozo”, recomendó:

Lleven un diario de sus vidas y pensamientos. Un cuaderno de estos nos informa muchísimo sobre nuestras propias circunstancias y es también un modo de conocimiento, pues la memoria sabe muy bien dónde la pluma mintió. Es además un modo de que los días no se fuguen irremediablemente y acaba siendo muy grata esa huella en el papel.

También nos sugirió anotar nuestros sueños y no olvidar echar un ojo a la propia familia y los conflictos que la aquejan, pues seguramente ahí encontraremos un material rico y verdadero. “Lo verán, ahí encontrarán a los Otelos, a las Bernardas de Alba o a algunas alegres comadres que no son de Windsor”, nos dijo divertido. También nos advirtió que escribir era un acto de impudicia, de arrojo, y que el verdadero artista no puede ser recatado ni respetuoso.

## Cuarto acto

Cuando tuve que elegir el tema para realizar mi tesis de maes-

tría, me propuse trabajar sobre aquello de lo que quería saber más pero que a la vez fuese placentero. Esto me llevó a decidirme por el drama –el género menos frecuentado en las facultades de letras– y abocarme a los recursos de la comedia y la farsa, puesto que la risa me parece una de las cosas más serias que nos pasan en la vida. Tras la lectura de textos de diversos escritores mexicanos, Carballido fue el elegido.

Como siempre se comenta, la producción de Carballido es muy amplia en número, temática y géneros. Fue un gran narrador, escribió artículos periodísticos, varios guiones cinematográficos y su producción dramática incluye los más diversos géneros, lo mismo tragedias que farsas o teatro de revista, teatro infantil y juvenil. De este amplio espectro sus obras relacionadas con lo cómico han sido las más exitosas. Pienso en *Rosalba y los Llaveros*, *Orinoco*, *Rosa de dos aromas*, *Te juro Juana que tengo ganas*, *Luminaria*, *La caprichosa vida* y muchas de sus obras en un acto.

Emilio Carballido sonreía a la menor provocación, bromeaba a cada momento, posaba sus ojos atentos sobre los otros, escudriñaba implacablemente la realidad, dudaba de ella, la enjuiciaba con tolerancia. Carballido puso ante nosotros la caprichosa vida, con sus contradicciones, padecimientos y falta de sentido, y siempre nos dio motivos para reflexionar y reír. TELÓN. **LPyH**

**Nidia Vincent** es doctora en Letras Mexicanas por la UNAM y profesora de tiempo completo de la Facultad de Letras Españolas de la UV. Profesora invitada a universidades de Canadá, Francia y Polonia. Cuenta con publicaciones relacionadas con el teatro mexicano.

# El rey Par

Carlos Manuel Cruz Meza

**P**arménides García Saldaña nació en Orizaba, Veracruz, el 9 de febrero de 1944. Creció en la colonia Narvarte de la Ciudad de México. Tuvo tres hermanos. Su familia era conservadora y nunca aceptó sus inclinaciones literarias. Por presiones de su acaudalado padre, estudió Economía en la UNAM y Ciencias Sociales en la Universidad Iberoamericana; luego se fue a Estados Unidos, para cursar Letras Inglesas en la Universidad de Baton Rouge, en Louisiana. A su regreso comenzó a escribir, alentado por Emmanuel Carballo. De vida breve y pluma generosa, solo publicó cuatro libros: *Pasto verde* (1968), *El rey criollo* (1971), *En la ruta de la onda* (1972) y *Mediodía* (1975). Nunca se recopilaron sus abundantes colaboraciones en periódicos y revistas, como *Excelsior*, *El Heraldo de México*, *La Cultura en México*, *La Piedra Rodante*, *Pop*, *Diorama de la Cultura* y la *Revista de Bellas Artes*, entre otras.

Siendo el más radical de los escritores mexicanos sesenteros, aficionado a jugar con el lenguaje, abusar de los anglicismos y no respetar los cánones literarios, sus personajes viven con desparpajo y ejercen una libertad que semeja un sueño adolescente febril: consumen drogas, se alcoholizan todo el tiempo, bailan, escuchan rock, tienen sexo, disertan y transcurren por un universo que abunda en los lugares comunes del imaginario juvenil, pero que los hunde en una per-

petua soledad. Parménides plasmó las obsesiones y deseos de la generación que acabaría masacrada en Tlatelolco e integraría las guerrillas de la década siguiente, practicante del “amor y paz” californiano que los jipitecas adoptaron, pero que se convirtió en la conciencia política, rebelde y contestataria que motivaría el Movimiento Estudiantil de 1968.

Junto a Juan Tovar y Ricardo Vinós obtuvo el tercer lugar en un concurso convocado por el Banco Nacional Cinematográfico, con el guion de *Pueblo fantasma*, cinta que jamás se rodó. Pero más que el cine, le eran fundamentales el rock y el blues. En alguna ocasión, tras un concierto y utilizando su habitual locuacidad, *El Parme* subió al escenario para invitar al rockero Eric Burdon a irse de parranda toda la noche, lo cual consiguió. El músico mexicano Alejandro Lora sería su amigo y admirador, al grado de mencionar que su influencia lo llevó a integrar el blues a sus composiciones y dedicarle una canción al orizabeño: “El maldito ritmo”, interpretada por El Tri.

Una anécdota estrambótica asegura que, cuando era niño, se perdió por horas durante un día de campo y una tía lo halló bebiendo la leche de una perra. Para *El Par*, conjuntar su vida privada y sus fijaciones literarias no fue sencillo. Quería vivir como si fuera uno de sus personajes, pero la vida rechaza la irresponsabilidad. No gozaba de un gran éxito de crítica o de